

Antonio ESCUDERO, *Minería e industrialización de Vizcaya*, Crítica y Universidad de Alicante. Barcelona, 1998, 360 pp.

Durante muchos años los estudiosos de la historia industrial española hemos esperado ansiosos la publicación de este trabajo de Antonio Escudero sobre la minería vizcaína, que era conocido, inveteradamente desde hace casi una década, como un libro «en prensa». No obstante, su autor ha ido entregado generosos avances que han ido publicándose desde finales de los ochenta en las principales revistas españolas de historia económica, social e industrial. Paralelamente a esta labor se ha convertido en el más solvente especialista en la evolución del sector extractivo, como lo demuestra su reciente recapitulación del debate sobre los efectos económicos (macro y micro) del la expansión minera («Pesimistas y optimistas ante el «boom» minero», *Revista de Historia Industrial*, 10, 1996).

Si nos atuviéramos a la versión tradicional de la industrialización vizcaína, la aportación del desarrollo minero a la transformación económica del señorío, durante el último tercio del siglo XIX, había sido decisiva. Desde esta óptica, el caso vizcaíno reivindicaría el papel modernizador de la expansión minera española de aquel momento. Escudero, por el contrario, demuestra de manera convincente que esta interpretación, auspiciada desde la patronal minera vizcaína a principios de siglo como argumento defensivo cuando desde el gobierno se sondeaba la posibilidad de incrementar la intervención pública en el sector, tiene mucho de legendaria. La propia investigación de Escudero y las aportaciones de otros historiadores como Valdalisio o Fernández de Pinedo, arrojan suficiente evidencia en el sentido de que la industrialización vizcaína no se debió en exclusiva, ni muchísimo menos, al capital acumulado en la minería. La reinversión dentro del mismo sector (tanto en la zona originaria como en el resto de España), la exportación de un significativo porcentaje de los beneficios obtenidos por empresas de capital extranjero, o la dispersión de otra buena parte entre un amplio número de concesionarios y accionistas mineros autóctonos, reducen el montante retenido en el país. La explotación del Registro Mercantil o el estudio de otros sectores como el referido a la pujante flota vasca desde el último tercio del siglo XIX, confirman, además, la relativa modestia de la aportación minera al crecimiento de las ramas más dinámicas de la industrialización vizcaína.

Con ser muy importante, no queda aquí la única contribución del libro de Antonio Escudero. El volumen responde a un esquema organizativo trazado con maestría. Tras dos capítulos en los que da cuenta de las condiciones tecnológicas (la hegemonía de los sistemas ácidos y básicos dependientes del suministro de minerales no fosforosos) que dotaron de ventajas competitivas a la minería vizcaína, pasa revista tanto al «ciclo expansivo» de la misma, entre 1876 y 1913, en el que la oferta creció favorecida por la demanda exterior, sobre todo británica, caracterizada por su extrema inelasticidad, como a la etapa de decadencia que inauguró la Primera Guerra Mundial y se prolonga hasta 1936, en que fi-

naliza la cronología del estudio, durante la cual, la demanda de mineral vizcaíno pasará a ser elástica, con respecto a sus precios, en función de la reconversión tecnológica de la siderurgia inglesa y de la competencia de bienes sustitutivos como la chatarra o las menas norteafricanas. La aportación teórica y metodológica de esta parte del trabajo tiene un extraordinario relieve. Escudero ha analizado, por un lado, la marcha de la coyuntura minera tanto desde la evolución de las condiciones de la oferta, como desde el profundo conocimiento de la evolución de los mercados y de la demanda internacional. Pero además, el autor realiza el admirable e infrecuente esfuerzo de construir sendos modelos explicativos de las fases de expansión y decadencia, en los que, a pesar de sus restricciones, ha llegado a incluir un número considerable de variables: precios de lingotes, mineral, exportaciones, utilización de factores tierra (hectáreas laboreadas) y trabajo, beneficios del sector, etc.

Este ejercicio se basa en la cuidadosa reconstrucción que el autor ha realizado de las magnitudes del sector. El rigor y la amplitud de la tarea le lleva a analizar no sólo los cambios en las funciones de producción y en la elasticidad de la oferta de mineral, sino también los procesos de concentración vertical entre empresas siderúrgicas europeas y compañías mineras que laboreaban los minerales vizcaínos, los mercados y las exportaciones, así como la evolución de los fletes y los transportes. A partir de la constatación del carácter intensivo en trabajo del sector, Escudero profundiza en un sugerente análisis del nivel de vida de los trabajadores mineros, que se conecta con la literatura más reciente sobre las relaciones entre nivel de vida e industrialización; para proseguir con un seguimiento detallado de la marcha de los rendimientos y la productividad de los factores. El análisis de los costes, impuestos, precios y beneficios del sector le permiten una ambiciosa estimación de los valores añadidos del sector mediante el novedoso procedimiento, para una serie histórica, de sumar las retribuciones de los factores trabajo y capital. La evidencia aportada por Escudero resulta abrumadora tanto por su cantidad como por la calidad innovadora en el tratamiento de los datos. El libro carece de un índice de cuadros y gráficos, pero tanto unos como otros superan la cifra de trescientos en un texto que no llega a las cuatrocientas páginas. Sobre estos impresionantes cimientos factuales se construye «el libro si no definitivo, por lo menos decisivo, sobre la minería del hierro vizcaína, de alcance mundial» (en palabras del prologoista Jordi Nadal).

No es fácil apuntar carencias en un libro de este calibre. A riesgo de emprender un esfuerzo vano e injustificado, se me ocurren algunas cuestiones relacionadas con las economías externas ligadas a la expansión minera vizcaína. A quien suscribe, que ha intentado en alguna ocasión y con bagaje metodológico y teórico más pobre que el de Escudero, conocer el funcionamiento de algunos enclaves mineros del sur peninsular, le intrigan los efectos sobre el territorio del desarrollo minero vizcaíno. Las rentas de localización respecto a los mercados, la proximidad de una red urbana densa y de una excelente infraestructura portuaria, en una cuenca, próxima al mar, contrastan con la desconexión y el carácter de **enclave** de la mayoría de los agrestes e inhóspitos distritos mineros del sur peninsular. En estas condiciones, quizás las transferencias tecnológicas o de infraestructura (transportes, capital humano –formación técnica de raigambre minera–) derivadas desde la minería hacia otros sectores emergentes de la industrialización vasca, hayan sido mucho más importantes.

También me hubiera gustado (o para ser más sinceros: me hubiera venido muy bien) que Escudero hubiera seguido la pista a los capitales norteños empleados con profusión en el resto de la minería española en el tránsito desde el ochocientos al novecientos (la «invasión vizcaína» con que era saludado este flujo inversor en los titulares de la prensa minera andaluza). Esta declaración se justifica en el convencimiento de que el autor es quien con mejores recursos podría aprestarse a dar cuenta de este aspecto relacionado con la expansión minera vizcaína; aunque en absoluto suponga menoscabo alguno en el extraordinario alcance científico que para la historia económica de las industrializaciones española y europea, abordadas desde una óptica regional, tiene la obra que comento.

ANDRÉS SÁNCHEZ PICÓN